

Ahora bien, ¿cuánto no podría ganar, andando el tiempo, su joven amigo el secretario? tenía más instrucción, más astucia, más maña que don Librado, é iba á ejercer su habilidad en tiempos mejores.

En los tiempos de Flores no era tan fácil como ahora enriquecerse en negocios con el Gobierno, aquel Erario siempre exhausto, aquellas revoluciones siempre amenazadoras, aquel cambiar de presidentes y de círculos políticos, aquellas asonadas y motines, en que la plebe lanzaba irritados mueras á los personajes impopulares.

Todavía se horrorizaba al recordar el peligro que corrió en el motín de 1855, cuando la última caída de Santa-Anna. En esa época era Flores muy mal visto, pasaba por hechura y favorito del ministro Bonilla; decían los habladores que éste había ocultado en casa de Flores grandes sumas y papeles de importancia. No era verdad, Flores entonces aun no cumplía treinta años, y, aunque Bonilla le favorecía, no le otorgaba su confianza hasta ese punto. Pero corrió esa voz, y vaya usted á contener y á desmentir una conseja absurda. El caso fué que, cuando la plebe, ebria de desorden y de rapiña, y guiada por criminales agitadores, dió rienda suelta á su furor, saqueando la casa del susodicho ministro, se dirigió á la de Flores para saquearla también, y colgar á éste de un balcón, según ahullaban los vociferadores.

La sangre fría de Flores lo salvó, oyó el estrépito de la canalla que se encaminaba á su casa, y, después de quitarse corbata, pantalón, levita y chaleco, se encasquetó el sombrero del portero, se envolvió en el zarape de éste,

y salió sin ser conocido, mezclándose con los amotinados y gritando más recio que nadie: — ¡Muera el cojo Santa-Anna! ¡Viva la libertad! ¡Muera el ladrón Flores! ¡Viva el plan de Ayutla! ¡Viva Comonfort!—El sustazo lo llevó la pobre de doña Guadalupe, que, para colmo de desventuras, estaba encinta y abortó.

Hoy no hay tales inconvenientes, y sí muchas ventajas; el Erario está repleto, las revoluciones han sido relegadas al olvido, los motines son ya desconocidos, y los hábiles pueden hacer su agosto, sin temer asonadas que turben su tranquilidad, sin que la canalla los insulte, ni los periódicos los difamen.

Doña Guadalupe no veía con malos ojos el posible enlace del Chango y Rosita. A ser ella joven, no elegiría por marido á aquel muchacho prosaico, ordinario y de baja estracción; mas, así y todo, era muy buen partido para la tosca y terrestre naturaleza de su hija. ¡Qué buena pareja harían! ¡qué bien habían de entenderse!

Todo se iba preparando para el logro de las pretensiones de Robles, ya sólo le faltaba la formalidad de declarar á Rosita su atrevido pensamiento; para hacerlo no esperaba más que una ocasión solemne, que no tardó en presentarse.

Construía don Librado una magnífica casa de recreo en la calzada de la Reforma, no fué ajeno el Chango á las cuestiones de ornato, decorado y mobiliario de la suntuosa finca; dió sobre muchas de ellas su opinión, que fué tenida por de buen gusto y obsequiada. Terminóse al fin la rica propiedad, y la familia determinó estrenarla

con un gran baile, destinado á celebrar el natalicio de la empingorotada esposa del millonario.

La casa quedó espléndida: en los altos estaban las habitaciones de la familia, la planta baja se destinó exclusivamente al solaz, al recreo y á los placeres de los afortunados propietarios.

La tal planta se componía de un hermoso y amplio jardín, un salón de boliche y otro de billar, de tres pintorescos cenadores, para refrescarse ó merendar con pocos é íntimos amigos, de un grandioso salón de baile y un gran comedor, destinados á las suntuosas fiestas, á las que había de concurrir lo más granado de la sociedad.

En la nueva y opulenta finca celebróse, pues, el natalicio de la no menos opulenta propietaria. Desde las siete de la mañana la señora comenzó á recibir muchas visitas, que iban á cumplimentarla y á ofrecerle ricos presentes. Entre las cuelgas sobresalía la del Chango, si no como la más rica, si como la de mejor gusto. Para el mediodía se dispuso un suntuoso banquete, hubo pocos invitados, pues no se dispusieron más que cien cubiertos; lo mejor de la fiesta se dejó para el gran baile de la noche, se repartieron más de cuatrocientas invitaciones, que no todas cayeron en buenas manos.

Aquí cedemos la palabra al ex gacetillero de *La Bandera del Progreso*, la que, fiel á su título, había progresado mucho y duplicado sus dimensiones. Torres era á la sazón uno de los *revisteros* ó cronistas más afamados; pero como buen hijo, que no deja su casa por la ajena, seguía ornando y esmaltando *La Bandera*, con las flores y perlas de sus talentos periodísticos.

He aquí la altisonante y almibarada relación, que de la fiesta hizo en el citado periódico:

«Lectoras:

»¿Os habéis trasladado alguna vez, conducidas por esa maga que los simples mortales llamamos el ensueño, á fantásticas y deslumbradoras regiones, bañadas por la luz, encendidas y vivificadas por el calor, henchidas de perfumes exquisitos, y de gratos, arrulladores y melódicos sonos? ¿habéis visto por ventura, á través de los lentes de la fantasía, algún rincón de la tierra, que más pareciera rincón del cielo, por haber sido adornado con todas las galas, ataviado con todos los primores, y visitado por seres hermosos que irradian hechizos y esparcen gracias?

»Pues todo eso, y mucho más, tuvo su feliz cumplimiento durante las inolvidables y breves horas de la última noche, en la opulenta mansión de don Librado Flores y Flores, para solemnizar el estreno del magnífico palacio, y honrar debidamente el día onomástico de la distinguida dama doña Guadalupe Peña, digna esposa del egregio y eminente personaje. Dióse en la regia morada un baile, que fué la cúspide de la belleza, el colmo de la elegancia, las columnas de Hércules del esplendor y el *non plus ultra* del buen tono.

»Allí se dió cita lo más brillante, lo más florido, lo más selecto de nuestra buena sociedad. Todo lo que la banca, la política y las letras tienen más ilustre y conocido, formó la parte masculina de la aristocrática reunión; las letras, el comercio y el valor estuvieron dignamente

representados allí. Apolo, Marte y Mercurio, olvidando sus respectivas atribuciones, confraternizaron en medio de los encantos de aquella fiesta espléndida, que parecía la realización de un cuento de hadas.

»Allí vimos á los Ministros H., N. y R., distinguiéndose, como en todas partes, por sus maneras exquisitas y por su trato urbano y comedido; allí vimos también al Ministro plenipotenciario de..., luciendo sus muchas y vistosas condecoraciones, entre los esplendores de aquella fiesta soberana, que en nada ha de haber desmerecido de las muchas que Su Excelencia habrá honrado en las cortes europeas.

»El director de nuestro periódico, con sus bien conocidas prendas personales, que no nos toca á nosotros encarecer, contribuía á realzar el fausto y la distinción de aquel grupo escogidísimo. Muchos senadores, muchísimos diputados, muchos magistrados y municipales, muchos banqueros y muy conocidos negociantes, cuya personal enumeración sería interminable, completaban aquel selecto grupo de varones graves, eximios y eminentes. Mas no fuera justo dejar de hacer mención personal del muy inteligente y aprovechado joven Juan Robles, mi compañero antes en labores periodísticas, y muy encumbrado ahora, aunque no tanto como lo mereciera por sus excelsas prendas, que hacen de él un astro, que, entre albores sonrosados y sobre horizontes espléndidos, se levanta para recorrer senderos de luz en el constelado cielo de nuestra política. ¡Ojalá le veamos pronto en el meridiano, y, repitiéndose, para él, el milagro bíblico, allí se estacione, eximiéndole los hados del triste ocaso!

»Después de haber cumplido el antiguo y caballeroso precepto de tributar á cada señor el homenaje debido, hablemos de la parte femenina de aquella reunión encantadora. Después de lo bueno, lo bello; después de lo grande y fuerte, lo delicado y tierno; después del fulgor deslumbrante del rayo, los tintes plácidos del iris; en pos del águila de Jove, venga el cinto de Venus, á curarnos de la abrumadora emoción con que nos agobia la grandeza.

»Pero ¡ah!... mi pluma se siente impotente, mi imaginación, deslumbrada por tanta luz, se turba y naufraga en un oceano de destellos, matices y colores. ¡Qué podrá decir mi lengua balbuciente de los seres bellísimos que formaron la parte embriagadora, delicada y tierna del escogidísimo grupo? Decir que damas y señoritas eran bellas, que eran elegantes, que vestían con supremo gusto, fuera repetir vulgaridades y llamar blanca á la nieve. Nos pareció que aquellos seres, sobre toda ponderación encantadores, no podían pertenecer á la mezquina, endeble y miserable prole de Adán. No, es imposible que el barro humano pueda adquirir la delicadeza de textura, la morbidez de contornos, la soberana riqueza de formas y la incomparable pureza de líneas, con que encantaban los ojos y deleitaban la imaginación aquellas criaturas pulquérrimas, aladas como las aves, perfumadas como las flores, impalpables y etéreas como los ángeles, que, con su presencia y encantos, convertían aquel recinto en el edén soñado por la exuberante fantasía de los orientales.

»La distinguida señora H., esposa del señor Ministro

de..., lucía su arrogante y majestuoso talle, y deslumbraba con su rostro blanquísimo, cuyas correctas y delicadas facciones parecían esculpidas en mármol de Carrara por el inmortal cincel de los artistas del Renacimiento; vestía riquísimo traje de surah azul pálido, con sobreveste de punto crema, adornado con encajes de Valenciennes, y salpicado de innumerables perlas; los brillantes, que lucían en su negra cabellera, remedaban las constelaciones que en las noches de invierno cintilan en el cielo.

»La elegantísima señora de la casa y reina de aquella fiesta, demostró esa noche que la belleza es inmortal; sus encantadores ojos tropicales destellaban en el espiritual rostro de la dama como ígneos carbunclos prendidos en aterciopelado y moreno estuche; vestía lujosísimo traje plomo de gran cola, con supremo gusto adornado; no cabe encarecer la gentileza de dama tan cumplida; espléndida peineta de diamantes remataba el artístico tocado de la señora, y remedaba la constelación de las pléyades, proyectando multicoloros cambiantes sobre una hermosa palma americana.

»El mágico pincel de Giotto, la celeste fantasía de fray Angélico, no habían podido crear figura más esbelta, más poética, más inmaterial, más soñada, más ideal, que la de Rosita, tierno capullo del hermoso rosal que es emblema de la señora su mamá. La bella señorita parecía el ensueño hecho carne, los rosados dedos de la aurora parecían haberla modelado con el mayor esmero, amasando suaves y delicados pétalos de rosa té; hay en su tez la suavidad y frescura del albérchigo; la pureza de sus líneas, lo afiligranado de sus facciones, lo gentil de

sus movimientos y la indefinible delicadeza que la circundaba como atmósfera de poesía, la asemejaban á esas figuras aéreas, que acuden obedeciendo á la mágica evocación de los poetas del Norte; parecíase á Ofelia deshojando flores y llenando el aire con las delicadas y armoniosas notas de sus cánticos. Vestía de crema y rosa, y los sutiles y finos encajes que rodeaban su cuello, formaban un nimbo celeste á su rostro de ángel.

»La señora N. era una hermosa camelia en aquel concierto de flores; la señora D. poseía los tibios ambientes, los arrobadores ensueños, las incomparables languideces de las noches de nuestra costa; la señorita M. y las dos hermanas R., eran las tres gracias entrevistadas por el numen griego.

»En un sitio brillaba alguna belleza como astro de primera magnitud, en otro una niña deslumbraba con sus encantos, más allá una costeña, encantadora como su tierra privilegiada, nos atraía con el imán de su simpatía.

»¡Ay! El pobre cronista quisiera nombrar á todas, anhelara describir á todas; mas le ha turbado tanta belleza, le ha deslumbrado el fulgor de tantos ojos; las radiantes imágenes de tantas hermosturas bailan todavía en su imaginación, como los hijos de la fantasía de Bécquer danzaban en la mente del insigne poeta sevillano. Por lo demás, ¿quién podrá describir una á una las estrellas del cielo, las flores de la tierra ó los brillantes cocuyos de las tupidas selvas de nuestros trópicos?

»El local era digno de la deslumbradora reunión. Incandescentes focos eléctricos, farolillos y vasitos de colores

iluminaban profusamente el jardín. El gran salón, tapizado de blanca lona, decorado á la pompeyana, adornado con grandes espejos y plantas exóticas é iluminado por luz eléctrica incandescente, remedaba un cielo de esplendores, una orgía de matices y destellos.

»Los sonos arrobadores de una orquesta magnífica acababan de embriagar el ánimo, ora arrullándole con el cadencioso compás de la danza, ora arrastrándole con el vertiginoso del vals, ora meciéndole con el ritmo de la mazurca.

»Entre tantos encantos, entre tantos perfumes, flores, sonos, luces y bellezas, pasaron, rápidas y leves, las horas de aquella noche feliz, que ha de haber dejado impresiones inolvidables en las almas todas. La aurora, más que nunca importuna, puso fin con su espectral palidez al deslumbrador bullir de aquella fiesta incomparable.»

Hasta aquí el revistero; ahora nuestra prosa pedestre se permite agregar, que la fiesta fué de tan mal gusto como la churrigueresca descripción del cronista Torres. Hubo, sí, mucha, muchísima gente, aquello fué un verdadero *maremagnum*; hubo mucha ostentación de trajes y de joyas, mucha riqueza en fin. Mas allí, como en todas las reuniones semejantes, la verdadera elegancia estuvo en minoría, y en cuanto á la poesía ¡pobrecita! enemiga como siempre de la luz artificial y de la música de baile, huyó veloz, se remontó al cielo y destelló toda la noche en el brillante disco de Júpiter, sin que la viera ni la celebrara revistero alguno.

Agregaremos también que en esa misma famosa noche y al arrullo de los melodiosos sonos y del arrebatador compás de un vals de Waldteufeld, el Chango declaró su amor á Rosita; ella, después de los melindres que son del caso, le correspondió; bailaron mucho, se divertieron en grande y cenaron espléndidamente en el *buffet*.

¡Ah! Se me olvidaba. Esa noche Amalia y Pacotillas se acostaron sin cenar.